

Sobre la naturaleza y el hombre

Escribe: ALFONSO HANSSEN

Me he permitido aletear —por primera vez— en el pensamiento de que el solo egoísmo para el cual viví ya no contribuye a mi plenitud. La creencia acerca de “la madurez como un apartamiento del mundo” tuvo el ímpetu de una quimera. La vejez emerge de una saturación, desintegrando activamente los elementos nutricios del hombre. Secada la fuente de mi adolescencia, me constriñe la sangre y me extraña dentro de un cerco de cobardía. Siento que la carnadura me hurta del sosiego y me arrima con pasión a otras reconditeces. Ese hormigueo, efecto de la cosa madura, me transmuta caóticamente y me inhibe para toda aventura; de mí se desprenden infinidad de salidas. Resumirme en la quietud había sido la máxima de mi interior negro y laberíntico. No obstante, de pronto es como si mis entrañas se revolcasen, cruda e irreversiblemente, para dañarme en el roce de la atracción cosal. Ante cada cosa inclino mi cerviz y pierdo una partícula de mi dignidad. Los entes conglomerados viven su representación en el desperdicio cotidiano del hombre. Siento que el mundo de los objetos se contempla en mí, obligándome a despremiar por su acción el goce de la soledad. Me deshacen estas miradas de perversión mientras que en mi centro —antes lleno de vital medularidad— se va formando un punto ciego, signo de lo fatal, de una locura que avanza sin control o, simplemente, de la sombra que siempre fui y que será eterna prisionera de la turbulencia. Mi substancia disminuída me ciñe a ser un pálido ente, como aquel estanque del libro sagrado en donde se reflejaban pero no se gustaban las miserias del mundo. Porque el más pobre de los entes —el hombre— no tiene otro poder que el de “mirar hambriento la abundancia”. He existido al alcance denominativo de lo categórico. Mi verdadero existir —la existencia inasible— se encuentra asumida en la figura de una rebelión, mezcla inconsciente de frustraciones y sentimentalismo. Todo el balance de la vida me suma una interminable columna de transgresiones. Por mí habla la repulsión al mandato, a la autoridad en cualesquiera de sus campos. Estuve atrapado por la espiritualidad inauténtica. Es posible que la salida de mi carne de sí misma constituya el principio de destrucción

de mi cárcel moral. Arriesgo intentar ser nada más que la negación en la que todo hombre se halla comprometido: negar las fuerzas ajenas, esos impulsos organizados por la ética; negar desde el fuego de la naturaleza la autonomía que concebimos al margen de ella, cuando nos dejamos seducir por la morbosidad de los vacíos. La dialéctica comprueba continuamente la precariedad humana. El proyecto del hombre como tal no es ruptura con la naturaleza, un "ethos" como prescindencia de los enlaces naturales. En el proyectarse del hombre radica su infelicidad: un tener que ir contra sí por la fuerza de la dialéctica. El hombre no es más que un hito mecánico, pulverizado por la reacción de los tentáculos de la naturaleza. En el parto, en la síntesis del movimiento natural, el hombre ofrece aspectos efímeros, leves manifestaciones del espasmo del monstruo.

Es tiempo de ser lo real, de acontecer desprevenidamente y de buscar para dar con el asidero definitivo. La realidad es cosificación de la naturaleza. En el proceso de objetivación el hombre capta la naturaleza como cosa. De ahí que en la realidad el hombre esté poseído, alienado. Cuando hablamos de la "cosa misma" reconocemos la insuficiencia de la razón para fundamentar. En la membrana de la realidad del mundo el hombre se reconoce como parto sin consecuencias. Decir "real" es tanto como aclarar que estamos atrapados en el exterior y que, con desgreño nos sujetamos a la cosa. La cosidad es hábitud, cotidianidad; "temporalidad", para cubrir con un término a ese desgreño. El hombre perece en el tiempo, pues se arraiga inexorablemente a él. Cuanto somos, cuanto podemos, cuanto damos en nuestro consentimiento es un soplo estelar de ese fantasma que devora los seres. El algo que es porque fue de suyo retiene y conserva el carácter de la grima. Dicen que en la juventud el hombre no ha echado aún las raíces de su existencia (1). Nadie puede mencionar la existencia si no es dentro del sentido de la muerte. Morir es, en vocablo lato, percibir el tiempo. Avanzamos colgados a la rueda de la desesperación; a nuestra desnudez, paradójicamente, la ocultamos en la luz. Así, el hombre que tienta en los resquicios del "alma", el que se ahuyenta y prefiere matar las horas —como dicen— es proyecto de una diversión humanitaria. Diversifica su esencia: se aparta de la naturaleza y gana la miseria. La miseria nos expulsa de la sucesión temporal. Desamparado, en las tinieblas producidas por la privación absoluta del tiempo, el hombre se quiebra en un estado de tribulación. En el esplendor de la miseria el hombre decapita la decisión de escoger el único camino señalado desde vieja data: el camino sin término, el desorden acumulado desde su raíz, por el cual acepta su derecho al designio.

Cuando medito acerca de la naturaleza me antecedo al hastío. Suelo ejercerme en el estado contemplativo y permito que —a la larga— me admiren y me humillen. A estas dos acciones las llamaba el poeta (2) "horror y asco universales". ¿Podría aspirar a más un hombre que decidió sistematizarse en el placer? Un amplio horizonte se cierra ahora para doblegar el gesto de mi audacia y revelarme a la vez en idéntico lugar. La basura quiso convertirse en incienso y aspiró a la insularidad, pero la ventisca la arrojó con el hálito de su sordidez natural. Si soy temible es porque participo de la temeridad de la naturaleza. En mi tránsito produzco brechas de hondura inmoral; pues es a ella —a la naturaleza en su ger-

men— a quien poseo conmigo para dar la batalla que debilitará un hombre ahito de fantasías. Cuando suelo acogerme sublimo las bajezas emanadas de mi pulpa enardecida. Una secreta aspiración me dice que el hombre vencerá su espíritu sofisticado y rasgará su velo con la violencia de su carne viciosa. Bajo la certidumbre de tal reflexión creo haberme descubierto. Nada detiene mi libertad. Hago de la mentira mi cómplice: es la manera peculiar de una libertad que no abdica ante la tiranía de las normas. Me confieso y me absuelvo cuando recorro al artilugio de la mentira. Mentir, para mí, es una vocación intelectual. La mentira es rastro penoso del hombre, un acontecimiento específico del mundo, tan específicamente como el de la misma verdad. La inteligencia del hombre surge del hecho contradictorio de la mentira, así se prevenga disfrazada o colmada por los favores convencionales. El hombre es la mentira convenida. El hombre padece de subrepciones. Detrás de su propio escenario está esperándose, para plantear su cabalidad ante sí. Las convenciones del hombre son iguales a las de cualquier otro género de seres vivos —o muertos— de la naturaleza. Cuando dice el hombre —por ejemplo— “este es un papel blanco” dice tanto como cuando el tigre apetece: “aquel hombre es mío”; o como cuando el palustre se niega a ser significado por nosotros. Los objetos se significan mutuamente no porque los señale el hombre sino porque de antemano se inmanan unos ante otros, aquellos ante estos. Cuando el hombre habla está midiendo pero no sabe a “ciencia cierta” qué. El hombre con su habla destruye la disciplina del silencio. Las cosas se escuchan a través del lenguaje del hombre y bregan para darse por fuera de su estricto rigor. Prestándose para tal malabarismo el hombre se realiza como sujeto, como el nudo del estrépito cosal. El hombre necesita asombrarse por intermedio de esto —que es un cambiarse de sí mismo— porque se atañe a la evidencia de que hay que destruir el idilio (la hosquedad) de la naturaleza. Sin embargo, en cada silencio independizado de su fuero significativo, el hombre se rinde a la inferioridad: en la medida en que habla su pequeñez crece alarmantemente. ¿Por qué no participar entonces —sin impedirnoslo con el lenguaje— de la acendrada expansividad de los objetos? ¿Por qué someternos a la confusión de los signos? ¿De qué le sirve a los hombres estar encerrados, concluidos, en una dialéctica que los hace infelices ante el resto de las cosas?

Como hombre, soy únicamente la atribución de todas las flaquezas. Ensimismado en una esencia que es parte de la naturaleza —esencia por el hecho mismo de negar aquello que precisamente requiere— me muestro como el ente frontero, divagando en explicaciones sobre mí mismo. Mi razón —la farsa de la fatiga generalizada a que nos somete la filosofía de nuestros tiempos— ha tenido que limitarse a ser la apercepción divagativa. Cuando quiso el hombre fortificarse en ella, la purificó; en ella, después del proceso, el hombre quedó disminuído. Hoy sé que no puede la razón pero nó qué puede con su poder. Hacia el final de una intensa devoción racionalista entiendo que la *¡Tierra!* de que hablara el filósofo es una fórmula simple, casi un axioma: —pero si la razón es la naturaleza expresándose en el hombre—!

Está bien: ¡Tierra! ¡Tierra! Sorprendidos en esta miseria y con un arma volteada contra nuestro rostro, habremos de verter la vida en su vasija, enredarla en los dientes de la naturaleza y someterla a su mas-

ticación. El egocentrismo fue el demonio asustadizo de una niñez falseada por el racionalismo de los otros. Ahora hemos aceptado ser libres, contra la razón, y el mejor medio para permanecer en esa libertad es sometiéndonos a la esclavitud de la naturaleza, arrobándonos en su cálida apetencia y dejándonos acaparar por la muerte en cada instante de la vida. Morir con gracia, conscientes de que somos muertos que viven, muertos que no tienen yo, muertos de la muerte misma, es decir, muertos que fructifican en la sublimación de la naturaleza.

A mí vienen las palabras de Hyperion o Belarmino (3): "Formar una sola cosa con todo lo que vive, significa que la virtud abandona su armadura de rigores y la inteligencia humana su cetro, y todos los pensamientos se borran en presencia de este universo eternamente uno, como frente a Urania se desvanecen las leyes que ponen trabas al genio del artista; significa que el destino inexorable abdica su soberanía, y la muerte rompe el pacto que la ligaba a todos los seres, y la unión indisoluble y la juventud eterna embellecen el mundo".

Abandono y cobardía participan de cierta unidad cuando el hombre aparece como ligazón de la naturaleza misma. El hombre que arrasa, en la hazaña de su concreción, a la conciencia moral es un cobarde. La cobardía consiente el despliegue de brutalidad. Para ser cobardes es indispensable que los hombres estén sobrecogidos por la naturaleza común. El hombre indaga porque está enlazado por la cobardía: las indagaciones son ejemplo del infinito desorden; con ellas rechazamos los abusos de la ética, cobramos cuentas con el mundo y oponemos resistencia a los cánones coercitivos de la ley. En la pregunta superamos la moral. En la cóncava de lo moral, lo más perfecto del ser humano es la rebelión consigo, su guerra a la imagen que lo selecciona, el convencimiento de que debe hacer uso de su temporalidad en la muerte. El hombre absorberá la creencia de que su poder solo le significa fin y de que así podrá ser huésped de la plenitud. Quien se realiza, el suicida, es pleno de sí mismo. En el suicidio, mejor dicho, en el nexo de la naturaleza, en la cesación del hombre, nos cargamos de la fertilidad —única— de la muerte. Otra intuición poética nos persuade y nos ayuda (4): "Apiádate del mundo, o si no, voraz como eres, te unirás a la tumba para devorar lo que se debe al mundo". Entonces, el suicidio que vale es el que nos proporciona la naturaleza, al dejarnos la vida como un goce de su vientre. Por eso, quien trata de suicidarse improntamente es porque quiere vivir, porque en el fondo se sugestiona ante la vida placentera de un "más allá"; frágil a la estupidez del humanismo, este suicida no contrae su destino de la llama de la existencia, sino que ya en sus manos, lo diluye trágicamente. El verdadero suicidio es el que acrecienta con la muerte las posibilidades de la naturaleza. En cada muerte, en la muerte infinita de los objetos, la naturaleza afirma ser eterna. La muerte decide, en cada segundo, las marcas del tiempo.

NOTAS

- (1) Thomas Mann, *La montaña mágica*.
- (2) Baudelaire, *Fusées*.
- (3) Friederich Hölderlin, *Hyperion*.
- (4) William Shakespeare, *Soneto 1*.